

Cinco años después:

UN PROCESO ABIERTO

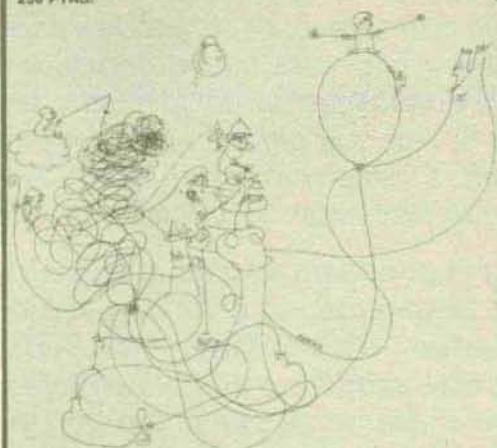
ALGUNAS personas pensaron que cuando muriese Franco los cielos se iban a oscurecer y la tierra a temblar. Incluso a abrirse en grandes abismos. Otras creyeron que brillaría por fin un sol de justicia, con el acompañamiento escenográfico imprescindible del arco iris. El español suele tener una imaginación escasa pero extremista. Cuando se examina la moderada historia de estos cinco años, se sufre el espejismo habitual, la enfermedad característica del historiador: creer que lo que ha sucedido es lo único que podía suceder. Y calificarlo de poco o mucho según los deseos personales.

CAYENDO en esa tentación —tan agradable como todas las tentaciones— podemos esbozar la teoría de por qué tenía que suceder todo como ha sucedido. Se podría apuntar la tesis de las dos guerras. Se ha insistido, hasta el punto de parecer hoy un hecho histórico incontrovertible, en que la guerra civil española fue un prólogo y una parte, ya, de lo que sería la segunda guerra

TIEMPO de HISTORIA

ESPECIAL

AÑO VI
NUM. 72
250 PTAS.



Balace de 5 años
EL POSTFRANQUISMO

mundial, y se ha considerado que la guerra mundial fue una guerra civil internacional, con características parecidas a la de España. Esta asunción es considerablemente irregular si se considera toda la historia de la no intervención, y por lo tanto el papel dudoso de las grandes democracias que no sabían claramente dónde estaban y que finalmente decidieron que no estaban con los **rojos**; y la reducción paulatina de la ayuda soviética a la República, probablemente porque la falta de claridad de las grandes democracias le hacía ya prever lo que sería el pacto germanosoviético. Sobre todo por la casi total presencia de componentes nacionales en el conflicto. En todo caso, y aun admitiendo que España sirvió como lenguaje a las grandes potencias para las distintas formas del «balace of powers», hay algo que diferencia considerablemente a las dos guerras: su final. En España ganó lo que podríamos llamar genéricamente fascismo, y en Europa el antifascismo. La victoria del antifascismo europeo, por una serie de azares y necesidades, no incluyó nunca el fascismo es-

pañol. Se siguieron dos caminos distintos, en los que a veces hubo una convergencia de intereses, sobre todo a partir de la guerra fría; esta convergencia supuso una consolidación del fascismo español, a la vez que algunas leves modificaciones. El fascismo-franquismo tuvo, eso sí, que prolongar su guerra.

UNA guerra no se gana o se pierde totalmente; se gana o se pierde según porcentajes relativos. Franco debía saberlo, o sus pensadores; o quizá era solamente una intuición. Una guerra es «fresca y alegre», como decía el Kronprinz, cuando se está combatiendo, y sobre todo cuando se está ganando. La paz es una deflación. Franco supo mantener la guerra continua; la radio repetía en los primeros tiempos, y varias veces al día, una frase muy clara: «La paz no es un reposo cómodo y cobarde frente al enemigo». Aparte de hacer todo lo posible para consolidar la victoria total —eliminación masiva de enemigos o de sospechosos de enemigos o de parientes de enemigos; borrón sobre toda una cultura anterior; irradiación de cualquier otra política—, la permanencia del estado de vigilia y alarma. La aparición de la guerra fría sirvió admirablemente esa idea de la guerra perpetua; las reapariciones continuas de clandestinos, partidos reagrupados o intelectuales disidentes justificaron la permanencia de la alarma. Todo se englobaba bajo el nombre de comunismo, y sin muchos distinguos, porque la unidad del enemigo es siempre conveniente (no se combaten numerosas ideas, pluralidades de opiniones, sino el Mal, el absoluto); todo ello terminó siendo una ventaja para la imagen comunista.

TAMPOCO esto mantuvo la pureza del fascismo: ninguna tensión se puede prolongar cuarenta años. El régimen español se fue debilitando, perdiendo adeptos, engendrando sus propios disidentes internos. La idea del franquismo se perdió, en la práctica, muchos años antes de que muriese Franco. Quedaban los intereses creados, la estructura orgánica, la fuerza de lo que en la URSS se llama la «nomenklatura»: la nueva clase. Pero cada vez más distante de lo que

había significado la teoría imposible del principio.

TAMPOCO la victoria de la otra guerra, de la guerra de los otros, mantuvo su jurisprudencia ni su pureza. Ni las actas de Nüremberg, ni la Carta de San Francisco, ni la definición de libertades hecha por Roosevelt y Churchill, ni los derechos del hombre. Se convirtió la doctrina en semántica: vino la era de MacCarthy, y el sostenimiento universal de las dictaduras por Foster Dulles, y la disminución de la fuerza de la izquierda por los sistemas electorales falseados, y el desprestigio de la resistencia; y el terrorismo y las leyes antiterroristas, y el fracaso de las independencias del tercer mundo. Un catálogo que podría ser más largo, pero que explica bien que todo el ideario del demócrata maravilloso se perdiera en el tiempo y en los acontecimientos, y que se elaborasen nuevas teorías para justificar esta pérdida. Llegó un momento en que parecía ya realizarse un sincretismo entre los dos sistemas políticos, separados todavía por cuestiones de vocabulario, de procedimientos, de juridicidad; y por la figura de Franco. Como en todo sincretismo, es la parte más débil la que adopta mayor número de creencias y de nombres y adjetivos. En este caso, en la relación de España con Europa —con Occidente— la parte infinitamente más débil era España. La muerte de Franco levantó el último obstáculo; y a partir de ese momento comenzó a dominar en España el final de la otra guerra. Una gran parte del terreno estaba abonada ya, y fertilizó sin problemas. Nadie en el mundo quería para España un régimen revolucionario; ni la mayoría de los españoles. El alborozo con que se recibió en el mundo el cambio prudente de España, la insistencia en que se había producido sin derramamiento de sangre, las rápidas visitas mutuas, con carácter de Estado, con otros países entusiastas, señalaron bien la cuestión: el final de las dos guerras, por fin, se unificaba. España quedaba incorporada a la generalidad democrática. Había sido preciso una degeneración del fascismo en España y una degeneración —menor— de la democracia. Todo que-

daba saldado. Los excipientes del régimen anterior no tenían por qué ver oscurecerse el cielo, ni los otros su esperado arco iris, porque todo había sucedido de forma que la principal alteración fuera de formas.

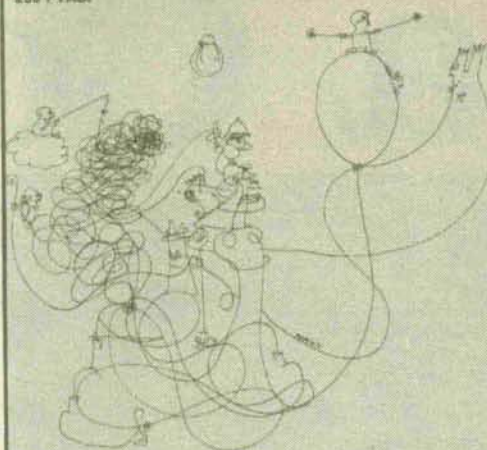
SIN embargo, en las conformidades iba a haber alguna diferencia. La izquierda, generalmente, en vista de su propia inferioridad y de la forma en que se había realizado el saldo, creía que la legalización, los pactos de la Moncloa, las apariciones públicas, le podía bastar por el momento. Sabía bien que se había incorporado al mundo de Occidente, y que el mundo de Occidente tiene unas características que por ahora son inalterables; en el mundo de Occidente se produce el eurocomunismo, la socialdemocracia, los pactos sociales. La izquierda creyó que había ganado. Y aún en nuestros días se escucha a algunos de sus dirigentes que consideran esta situación como muy satisfactoria; porque lo hacen en comparación con la tragedia anterior. La derecha, en cambio, se dividió entre una mayoría que sentía también que había ganado y una minoría que empezó a sentirse más franquista de lo que había sido durante el régimen de Franco. Han pasado cinco años, y apenas comienzan ahora a percibir que no han perdido. Franco se va haciendo lejano; sigue valiendo como una amenaza de resurrección, como un susto para los otros. Y como una nostalgia de la juventud perdida. Pero en el país es cada vez una imagen más pálida. Este sector ha ido creciendo, pero ya con otra ambición: con la de convertirse en una derecha más derecha que la que gobierna, con la de asumir el poder. Los aficionados a las purgas y a la dictadura totalitaria cada vez son menos, y ya esgrimen modelos videlistas, o modelos turcos, con más vehemencia que los modelos franquistas.

EL problema de la insatisfacción de estos cinco años es más general que privado, aunque cada uno trate de darle el tono que quiera, o el disfraz que le convenga. El problema es que, por todas esas razones históricas, por los equilibrios internos, por la situación del

TIEMPO de HISTORIA

ESPECIAL

AÑO VI
NUM. 72
250 PTAS.



Balance de 5 años

EL POSTFRANQUISMO

mundo, no ha pasado todo lo que tenía que pasar, sea cual sea la noción del espectador. Si los comparamos con los cinco años de la República, un periodo de tiempo similar, se quedan pobres. Sin necesidad de juzgar ahora la calidad de los cambios republicanos, los errores o los aciertos, la realidad es que la República modificó el país: desde el divorcio a la reforma agraria, desde la instrucción pública a la cultura, desde el caciquismo al sistema electoral, todo se removió en el país. Podría sospecharse que la inmovilidad actual tenga como mira precisamente el miedo a que pase lo que con la República: resultar destrozada por su capacidad de cambio.

Y así nos encontramos con que todo ha cambiado y todo sigue igual, según la famosa frase de Lampedusa, tomada ya de Alfonso Karr («Plus ça change, plus c'est égal»). ¿Es un espejismo?

Para saber lo que ha cambiado y lo que no, lo que ha pasado, el saldo de estos cinco años (saldo provisional, porque las medidas cronológicas nunca son más que un subterfugio para contar la historia), TIEMPO DE HISTORIA ha convocado a un cierto número de especialistas de primera fila. Es una panorámica lo más amplia posible, en la que se ha tratado de buscar, sobre todo, la capacidad profesional de distanciamiento de los relatores. Cuentan todos la situación en que está España: un proceso abierto. ■